

# SINGAPORE, EL GIBRALTAR DE ORIENTE



por Roxane. — Singapore, 1931



SINGAPORE evoca al punto a "Los Civilizados" de Claude Farrere; nos imaginamos un sitio de corrupción cosmopólita donde todas las razas imaginables arrojan sus detritus frascados en una orgía viciosa.

Al cruzar las aguas verdes y transparentes del estrecho de Malaca llaman nuestra atención, como una paradoja a la idea preconcebida, un blanco, limpio y largo muelle moderno, jardines, prados y collages de estilo británico. La corrección misma en el exterior.

ción británica, saltara a la vista el vicio? — me ha dicho un chileno que conoce bien el Oriente. — Singapore es un puerto delicioso... Su hecho es tal que ha logrado transformar al inglés autoritario y despota de Hong Koong o Calcutta en un semi-oriental, simpático, camarada y al alcance de todos.

Singapore está a mitad del camino entre la India y la China; recibe las aguas del Mar de la China y del Océano Índico. Estudiando el mapa se ve un apéndice delgado y largo que cuelga de la Indochina y forma la península Malaya. La punta de este apéndice es la isla de Singapore, unida por un largo puente al Estado de Johore.

Antes de Marco Polo, primer navegante que siguió hacia la China, los occidentales no tenían mayor conocimiento de la tierra que hasta el Estrecho de Malaca. Se dice que en remotos tiempos, Java, Borneo, Su-

matra, hoy divididas en islas, formaban la profusión unida de la Indochina.

Nada positivo se sabe de aquellos tiempos de Malaca al Oriente. Sin embargo se cree que los malayos, atrevidos arcaicos, fueron los pobladores de las islas Hawái y del Continente Sudamericano. Hasta el siglo pasado los malayos eran terribles piratas y avezados navegantes...

Todavía se ven sus goletas, veleros y barcos, con la popa más alta que la proa, circulando airoso de su herético paño, cerca de los grandes navíos ingleses que ocupan el extenso muelle.

Puerta del Extremo Oriente. Gibraltar estratégico, eso es Singapore para el imperio británico, hábil poseedor de los cables más importantes de Europa, Asia y África. No sé por qué no se le ocurrió también apoderarse de nuestro Cabo de Hornos, para fijar así sus cuatro puntos cardinales.

Desde 1819, gracias a Stamford Raffles, Gran Bretaña esparció su bandera en Singapore comprando la isla al Sultán de Johore; pero en realidad poco a poco ha ido dominando toda la península Malaya.

El muelle presenta un aspecto por demás pintoresco. Nos salen al encuentro todas las razas. Este viaje alrededor del mundo nos va dando por grados el conocimiento de las diferentes especies humanas. Aquí tomamos contacto por primera vez con el cingalés, de largos cabellos negros y gruesos sujetos en la coronilla por una peineta de semicírculo; con las mujeres malabares que llevan botones de perlerías en las narices, con los árabes de Jea, con los indostánicos de turbante y con el simpático malayo de calzon corto y blusa abierta en el pecho. Los chinos son más sencillos que en el Norte, y las chinas recordetas y peinaditas visten pantalón y bata de cholera negra muy brillante.

Atravesamos las grandes avenidas modernas hasta llegar al suntuoso Hotel Raffles, punto de cita de todos los europeos y magnates del puerto...

Ocupa este Hotel un vastísimo local con sus terrazas, los baratillos de mercadería hindúes, japonesas y chinas, las canchas de deportes, etc.

Allí nos instalamos, y nos es preciso salir de su recinto para coger la impresión de Singapore.

¡Cómo nos invade esa cosmopólita muchedumbre!... Si nos distraemos un instante, un *fortune-teller* (adivino) ha cogido nuestra mano por adentrarnos la pueraventura; un encantador de serpientes deja que las cobras se arrastren casi hasta nuestros pies, produciendo natural alarma... No podemos librarnos de esa muchedumbre de vendedores que nos ofrecen bastones de malaca, chinillas, piedras preciosas, escar-

abajos, etc. Estamos en el Bazar de Oriente con toda su fuerza racial. En Singapore esas diversas razas se nos presentan como un muestrario de agente viajero...

Como se sabe la península Malaya proporciona al mercado del mundo la mayor cantidad de caucho y de estufa, además de especias, ratán, arroz y tapioca.

Atravesando la ciudad, por avenidas modernas, con edificios de estilo inglés, a los cuales sólo les faltan las profusas chimenas, para identificarse con los británicos, llegamos a los bosques de caucho. En cada árbol robusto, hay colgado al tronco un pequeño recipiente que recibe el líquido de la incisión. En la olita del pobre que recoge alimento transformable en oro. Resulta curioso ese espectáculo de cascadas colgantes de cada árbol. Los malayos van de uno a otro caucho palpando las cortezas a fin de ver si ha llegado el momento de la incisión.

Nos dicen que la superproducción de caucho deja sin cultivo extensos bosques. Continuamos nuestro viaje a Johore, por selvas tupidas que forman un verdadero jardín botánico, por la variedad de árboles y plantas. La fragancia del canelo, vainilla y otras especias, es intoxicante.

En el confín de la isla se encuentra el puente que la une con el Estado de Johore. Vive el Sultán en magnífico palacio estilo morisco, edificado sobre una maravillosa colina. Cerca del palacio se levanta una gran mesquita, que sólo visitamos por fuera, siendo vedado el acceso al templo mahometano para los ramés (cristianos).

Allí, el Sultán tiene su corte, su harén y sus odaliscas y se cree soberano independiente, bajo el protectorado inglés. Arde en luces Singapore a nuestro regreso. De los numerosos cabarets surge el eco de músicas yanquis y conjuntas orient-

tales. El calor arroja a la calle a todos los habitantes del puerto.

Nos dirigimos a los barrios chinos allí donde el comercio chino se encuentra y domina. El chino es el judío de Oriente, el que gana y el que presta. El hindú y cambio, fatalista y vividor, se contenta con gozar de la vida, sin mayores necesidades de traje o de alimento; diciendo la buena ventura o encantando serpientes se da por llevar... El malayo se ocupa de cargas, negocios domésticos, caza y pesca.

La religión de los malayos es la de Mahoma; los chinos son budistas. Cada raza tiene sus propias creencias y sus templos. También hay allí sinagogas y una Catedral cristiana muy hermosa.

Es curioso advertir el poder y adaptación de la raza china, que me parece la más interesante del Asia. El chino de Norte, mandarín o esclavo, es triste y huraño. A medida que le encontramos en Shangai u Hong-Kong parece que se alegra con el clima templado o tropical; su rostro pierde la palidez marfilina; crece su estatura y se siente más satisfecho y el mismo. Son chinos aburguesados, que saben de higiene y hablan muy bien el inglés.

En Singapore, la población china vive en collages muy limpios. Por la noche fuimos recorriendo esas casitas modestas y cada una divisamos un altar con la imagen de un dios chino, brillante de cirios rojos y lleno de chucherías y sacandajas, con los Nacimientos del Niño Dios.

Efectos del clima o de una complacencia conveniente para sus intereses, Gran Bretaña deja en libertad a los habitantes de Singapore para que practiquen sus religiones, vivan a su gusto y disfruten su vida y el placer a su manera... Por allí el exotismo erótico no tiene vallas y que la danza...

—Pero querría Ud. que en una pose-